

Tomás Meabe: un soñador desterrado

D^a Begoña Villa Canibe

Profesora de EE.MM.

Esta intervención da cuenta de algunos aspectos de la vida de Tomás Meabe (1879-1915). La brevedad de su vida y la dureza de la misma no le permitieron desarrollar completamente sus proyectos. Se exponen sus rebeldías, su negativa a conformarse con la clase de vida ordenada que su familia quería para él, sus luchas interiores contra los valores de la educación cristiana que había recibido, su breve paso por el nacionalismo vasco y su recalada en el socialismo.

Saio honek Tomas Meaberen (1879-1915) bizitzaren zenbait ikuspegi azaltzen ditu. Bere bizitza labor eta latzak ez zion aukerarik eman buruan zituen proiektu guztiak gauzatzeko. Saioak honako hauek agertzen dizkigu: asaldurak, familiak beretzat nahi zuen tajuzko bizimoduari muzin egitea, jaso zuen kristau-heziketaren balioen aurkako barne-burruka, euskal abertzaletasunean egindako sartu-irtena eta sozialismorako urratsa.

This paper provides an account of some aspects of the life of Tomás Meabe (1879-1915). The brevity of his life and its harshness did not permit him to fully develop his projects. Account is given of his rebellions, his refusal to conform with the type of orderly life that his family wanted for him, his internal struggles against the values of the Christian education he had received, his brief involvement with Basque nationalism and his espousal of socialism.

Para los historiadores que se han interesado por la cuestión, y han sido varios a lo largo de este siglo, no ha resultado tarea fácil conocer el pensamiento de Tomás Meabe, y ello por varias causas. La primera y más compleja es que la obra escrita a través de la que dió a conocer sus ideas quedó ampliamente dispersa en periódicos y revistas¹.

Pero existen otras razones que dificultan el trabajo. Por una parte, su firme decisión de no hacer concesiones, de no transigir ni en el contenido de sus escritos ni en el lenguaje, que él mismo calificaba de “*rudo y grosero*”, le cerró muchas puertas en el mercado literario. De otra parte, poco antes de morir y presintiendo cercano su fin, destruyó un extenso material de su producción inédita porque pensaba que “*nadie, ni aún luego de descifrar mi escritura ininteligible y mis signos, hubiese interpretado un pensamiento; a mí mismo me hacían falta unos cinco años de estudio o meditación, para llegar a expresar lo que quería*”.

Después de su muerte, los amigos y compañeros socialistas recogieron varios textos dispersos para publicarlos. En 1920, Luis Araquistain publicó con el título de *Obras* una serie de escritos que no respondían a una unidad temática, y lo hizo, según sus propias palabras, como un “*primer pago de una deuda que era ya inaplazable*”, una deuda a la memoria de quien fuera su amigo y compañero².

Fue Julián Zugazagoitia quien en la década siguiente se propuso publicar sus obras completas, “*todo lo completas que podía esperarse, dadas las andanzas de Meabe*”. Salió a la luz el primer tomo: *Obras Completas. Tomás Meabe. Las fábulas del errabundo*³, “*según el título discurrecido por él*” que recogió casi la totalidad de las fábulas o parábolas que Meabe escribió a partir de 1910, prometiendo que en fechas sucesivas se publicarían otros volúmenes. La guerra civil impidió a Zugazagoitia cumplir su promesa, al tiempo que originó problemas de conservación (pérdida, destrucción, dispersión en el exilio) de los materiales inéditos de Meabe.

En el exilio mexicano, fue otro de sus compañeros y amigo querido, Indalecio Prieto, el que bajo el título de *Apuntes de un moribundo*⁴ publicó

¹ Tales como *La Lucha de Clases*, de Bilbao, el *Adelante*, de Eibar, *El Socialista y Acción Socialista*, ambas de Madrid, y en menor medida en otros periódicos bilbaínos como *El Liberal*, *El Nervión* y *El Coitao*. Como problema añadido se da la circunstancia de que algunos de estos diarios y semanarios no se conservan completos en hemerotecas o colecciones conocidas; entre otros, se han perdido años enteros de *La Lucha de Clases* y la casi totalidad del semanario *Adelante*.

² *Tomás Meabe. Obras*, prólogo de Luis Araquistain y portada con dibujo de Alberto Arrúe, Bilbao, editorial Meabe, 1920, pág. 14.

³ Ediciones “Leviatán”, Sucesores de Rivadeneyra, S. A., Madrid, sin fecha de publicación, con prólogo de Julián Zugazagoitia.

⁴ Impresiones Modernas, S. A., México, D. F., 1963, con prólogo de Indalecio Prieto (“Los viejos que fuimos jóvenes”) y “copyright” de las Juventudes Socialistas de España (Sección de México).

una serie de papeles manuscritos con reflexiones autobiográficas de Tomás, centradas fundamentalmente en el tema de la muerte que sentía próxima.

En 1975, Victor Manuel Arbeloa reeditó las *Fábulas del errabundo*⁵, con un prólogo completo y documentado en el que el autor trazó una interesante biografía y analizó algunas de sus ideas, después de haber localizado y estudiado la práctica totalidad de los artículos que Meabe escribió en los semanarios y revistas de la época, las publicaciones de Araquistain, Zugazagoitia y Prieto, así como algunas cartas a familiares y amigos⁶.

* * *

Pero, ¿estamos hoy en condiciones de poder conocer quién y cómo fue exactamente Tomás Meabe? A pesar de los diversos y valiosos testimonios sobre él dejados por sus amigos, en no pocos aspectos su figura se nos presenta como la de un personaje de contornos borrosos en determinados asuntos conviviendo con otros perfiles perfectamente nítidos. Sobre todo, la sensación que domina a la investigadora al considerar su accidentada biografía es la de un cierto fracaso, a la manera en que Luis Antonio de Villena ha utilizado esta idea en su reciente libro *Biografía del fracaso*, es decir, como un personaje que, imbuído por un espíritu de notable grandeza y dotado de unas cualidades humanas e intelectuales sobresalientes, sin embargo, no terminó por dar de sí todo lo que cabía esperar de él, aún y cuando no sea poco lo que dejó realizado, escrito y testimoniado. Comprobando hasta dónde llegaron algunos de sus amigos que le consideraban el mejor de todos ellos (Prieto, Araquistain, *Juan de la Encina*, Gustavo de Maeztu...), no puede una dejar de preguntarse qué hubiera podido ser de Meabe si el exilio, la enfermedad y la temprana muerte no hubiesen frustrado su vida⁷.

Nacido en el seno de una familia numerosa de clase media, fervientemente católica, muy religiosa y de ideas tradicionalistas, este ambiente le marcó profundamente. Probablemente la diferencia entre sus sueños y la realidad que le tocó vivir hizo brotar en él un espíritu de rebeldía contra el ambiente social en el que estaba inmerso. Para Luis Araquistain, Meabe era de

⁵ Editorial ZERO, S. A., colección "Se hace camino al andar", serie S, n° 42, Madrid, 1975; introducción de V. M. Arbeloa, "Noticia de Tomás Meabe (1879-1915)", la cual, en buena parte, había sido publicada anteriormente en *Letras de Deusto*, vol. 4, n° 7 (enero-junio de 1974), bajo el título "Tomás Meabe, vasco, español y socialista".

⁶ A las *Fábulas del Errabundo* que ya publicara Zugazagoitia, Arbeloa añadió tres parábolas que habían sido publicadas en *El Liberal*, de Bilbao, en Enero de 1911, y que Zugazagoitia no había recogido, precedidas por una "introducción" escrita conjuntamente con Miguel de Santiago, en la que se analizan los aspectos literarios (estilo, temas, recursos poéticos...) de las mismas.

⁷ Prieto, dejó escrito que los dos únicos intelectuales vascos que descollaron fueron Meabe y Unamuno, pero le hacía al primero dueño de la originalidad más maciza, y le estimaba como más profundo poeta y más firme ideólogo que a Unamuno.

esa clase “*de hombres de espíritu errabundo e inconvencional, incompatibles con todo encasillamiento*”⁸.

Sus rebeldías empezaron pronto. En una carta⁹ que escribió a su padre en Agosto de 1898 decía: “*En este momento sobre todo, en que tanto me hablan ustedes de mi porvenir, no hay para mí deber más grande que el de ser sincero; y siempre diré, padre mío, la verdad en la cual creo; no veo mejor porvenir que éste (...) aunque sea contra todo el mundo*”. Había terminado sus estudios de peritaje mercantil y obtenido un empleo en el Banco de Bilbao. Su familia esperaba de él que desarrollara una vida convencional dentro de la moral católica, empleo seguro, matrimonio, hijos...

Pero aquella clase de vida no satisfacía su espíritu inquieto: “*A Tomás - recordaría años después su hermano Santiago- le irritaba el número, la sensación de cojinete humano, de cadáver, pues que cadáver es la rebeldía silenciosa. La sujeción a leyes inmutables de oficina donde mandan frecuentemente los inferiores y donde el ‘¡siempre igual!’ parece eterno y se estanca el estudio, el ideal y la lucha*”¹⁰.

Su relación con Sabino Arana

En torno a 1898 se producen dos hechos que él recordaría indisolublemente unidos, como relató en un revelador texto publicado en *El Coitao*¹¹. Decidió abandonar la vida de la ciudad, irse al campo y militar en el nacionalismo vasco por la admiración que suscitaba en él la actitud de Sabino Arana: “*(a Arana) le conocí en un período bien crítico de mi existencia. Yo aborrecía a la ciudad, a las paredes, a los montones de hombres, y este aborrecimiento me ha seguido siempre, lo digo en confesión (...) Yo quería ser un aldeano, ‘eso’ que tanto se desprecia, trabajar el campo, ser del campo, o, por mejor decir, ser de los espacios abiertos, en cuerpo y en espíritu. Los esfuerzos siempre frustados hacia este fin inconsciente de mi carne habían creado una violentísima tensión en mi carácter (...) Y en medio de esta tensión espiritual de la que sólo doy aquí, con no sé qué vergüenza de coitao, ligeros y velados rasgos, por librarme de los que siempre me preguntan el motivo profundo de un afecto que les parece paradójico; en medio de esta exarcebación recóndita de mi ánimo saltero conocí a Sabino, que entonces desfogaba sus locuras; y le amé de seguida, sin pararme a sopesar ideas, por su carácter entero y rebelde, mucho más rebelde en aquel tiempo de lo que muchos hoy se creen (...)*”.

⁸ Op. cit., pág. 8.

⁹ Reproducida en *Apuntes de un moribundo*, pág. 17.

¹⁰ “En memoria de Tomás Meabe”, en *Acción Socialista*, nº 91, Madrid, 12 de Diciembre de 1915, pág.3.

¹¹ “Arana. Cuándo le conocí”, *El Coitao*, nº 6, Bilbao, 8 de Marzo de 1908, pp. 2-3.

Le conocí y le amé, sí, con qué orgullo lo digo ahora; le amé porque el cuerpo me pedía lucha y ascensión contra todo, y necesitaba ejercitarme al lado de hombres así. Harto había rumiado locuras, que diría Ramiro de Maeztu; necesitaba hacerlas. El bizkaitarrismo fue para mi ahogado cuerpo un palenque y una válvula, y grité muera España, trisqué, canté, rompí banderas, anduve a trompadas, y luego el cuerpo, entonado ya, me pidió algo más, mucho más. ¡A cuántos altos he subido desde entonces!

*No lo creerán los espíritus superficiales, los de la baborrina y la apretura, que no ven a través de la costra de las ideas, pero Arana ha tenido alguna **culpa** de mis **sub-levaciones** espirituales, de mis levantamientos ulteriores, y recuerdo que las primeras veces que me rebelé seriamente contra mi familia fue por cuestión de Arana. Todo era empezar”.*

Convencido por su hermano Santiago, abandonó su idea de dedicarse a la vida campesina y escogió otra forma de huida, de búsqueda de nuevos horizontes: en un año consiguió el título de piloto y se embarcó en un bergantín goleta para hacer las prácticas. Conoció entonces la dureza de la vida en el mar. Además, y por indicación de Arana que vio la relevancia que estaba adquiriendo el movimiento obrero socialista, se documentó leyendo publicaciones socialistas para poder rebatir sus argumentos, resultando las consecuencias totalmente imprevistas. Se lo explicaba al médico nacionalista de Mundaka José de Arrandiaga (*Joala*), con el que sostuvo agrias polémicas: “¿Sabe lo que me ocurrió siendo nacionalista? No pude menos de reconocer por un enemigo serio en Vizcaya al Socialismo. Determiné, pues, estudiarlo **para combatirlo**. Hice mal, ya lo sé: así no se debe estudiar, sino por amor a la verdad. Caro pagué mi prejuicio. Sufrí de la manera más necia. Un joven tiernecito como yo, salido apenas de la educación cristiana e irracional de nuestros padres y de nuestros maestros, ¿qué no había de padecer hundido en lo más hondo de una lastimosa lucha espiritual!”¹².

Su paso a las filas del socialismo

El resultado de aquella lucha fue el abandono de sus creencias religiosas y nacionalistas y su ingreso en el socialismo: “Ya sabes que me he hecho socialista -le decía a su amigo Luis Otero-. Ha tiempo que esa idea bullía en mí, y me avergüenza no haberla abrazado antes con franqueza y públicamente. Con ello -no lo ignorarás- me gano el odio de muchos que antes eran mis amigos, destrozo eso que llaman porvenir; mi familia me señalará como deshonra suya; acaso quien hoy me da muestras de amor convierta éstas en muestras de desprecio... No me importa: allá ellos. No quiero llevar careta”¹³.

¹² Fragmento de carta reproducido en Zugazagoitia, op. cit., pág. 8, nota 1.

¹³ “El carnaval de la vida”, *La Lucha de Clases*, nº 385, Bilbao, 15 de Febrero de 1902.

La tremenda crisis que esta postura le ocasionó tuvo efectos en su personalidad, tornándola más inestable. El enfrentamiento con sus antiguos compañeros y, sobre todo, la incomprensión de su familia le dolieron profundamente y ello fue un tema recurrente en sus escritos a lo largo de toda su vida: “*En Meabe -dejó dicho Araquistain¹⁴- era profundo el amor a los suyos, y su alejamiento, motivado por la prioridad que daba su conciencia a sus deberes públicos sobre intereses y sentimientos privados, fue una continua fuente de dolor íntimo*”. Sin embargo, a pesar del abismo de ideas entre él y los suyos, católicos fervientes y nacionalistas, nunca, ni en los momentos de mayor desencuentro, rompió la relación con su familia, como recordaría su hermano Santiago, militante nacionalista en aquel momento, en la carta¹⁵ que leyó en la velada necrológica que con motivo de su muerte tuvo lugar.

Comenzó a colaborar en *La Lucha de Clases*, ante la desconfianza de algunos elementos de la vieja guardia socialista, pero con el apoyo incondicional y pleno de los elementos más jóvenes de la Agrupación Socialista, a quienes impresionó favorablemente con su actitud franca y un lenguaje vehemente y provocador. En 1903 se hizo cargo de la dirección del periódico, permaneciendo en ese puesto hasta Julio de 1905. A partir de esa fecha sus colaboraciones fueron muy escasas, ya que poco después debió marchar al exilio.

Los temas centrales de los ataques de Meabe en *La Lucha de...* fueron tres y coinciden con algunos de los asuntos que ocuparon las reflexiones de los regeneracionistas del 98:

1. El nacionalismo vasco y sus ideas de patria

Defendió la idea de que nunca había existido en Vizcaya verdadera independencia política y que, por tanto, el nacionalismo no podía fundarse en la raza ni en la historia porque obligaban al ejercicio de la injusticia con seres humanos semejantes y a la práctica de la mentira respecto al pasado.

Deploraba que los nacionalistas justificaran el uso de la violencia para defender la patria y censuraba la ignorancia de los mismos hacia los problemas nuevos de su propia región al creer que las leyes de un País Vasco agrícola y pastoril podrían encajar en el País Vasco industrial que, evidentemente, requería de una legislación moderna.

Criticó el desprecio del nacionalismo vasco hacia los trabajadores inmigrantes (maketos), a los que imputaba siempre adjetivos negativos (vagos,

¹⁴ Op. cit., pág. 12.

¹⁵ “En memoria de Tomás Meabe”, en *Acción Socialista*, nº 91, Madrid, 12 de Diciembre de 1915, pp. 2-9.

pérfidos...) y hacía responsables de haber traído a Bizkaia todos los males sociales y políticos, así como todos los vicios morales.

Lamentaba que los nacionalistas se acordaran de las cadenas que sujetaban la patria, pero no de las que oprimían a la clase trabajadora.

Por extensión, criticaba todo tipo de nacionalismo: todo “*cuanto tienda a discurrir irracionalmente a los seres humanos me es antipático*”. Le repugnaba la exacerbación de los sentimientos nacionalistas y, frente a ello, opuso un socialismo sin patrias, sin distinciones de razas, enemigo de violencias e inspirado en generosos sentimientos de fraternidad humana.

Aunque vistas desde hoy estas ideas parezcan escasamente originales, se puede decir que Meabe fue el autor de la primera doctrina del socialismo español frente al nacionalismo vasco y que ha sido, con escasas variantes, la formulación clásica del partido socialista a lo largo de todo el siglo XX.

2. La religión, asociada al nacionalismo

Quiso hacer del anticlericalismo la base de la actividad socialista, debido a la colaboración de los nacionalistas con los católicos. Realizó una dura crítica de la política social del catolicismo por la atribución que éste hacía a la “providencia” como causa de las desigualdades sociales y de una divinidad que, siendo omnipotente en opinión de los católicos, amparaba la miseria, la injusticia, la esclavitud, el hambre, la guerra... Esta constatación le condujo al convencimiento de que, de existir realmente, Dios era el autor del mal y de la muerte.

Utilizó la mordacidad contra lo que consideraba prácticas idolátricas y contra el lujoso esplendor del ritual eclesiástico frente a la sencillez del cristianismo primitivo y, de manera cada vez más frecuente, fue incluyendo en sus artículos expresiones insultantes, blasfemas y provocadoras (“*el tarugo de Begoña*” en alusión a la imagen de madera que representa a la Virgen Patrona de Bizkaia, “*los ladrones del Vaticano*” en referencia a la máxima jerarquía burocrático-católica, “*zampabostias*” al calificar a un colaborador clerical de *La Gaceta del Norte*, etc...).

3. Socialismo

Tal y como señaló en su día Juan Pablo Fusi, los conocimientos del pensamiento socialista eran limitados y escasamente originales en Meabe¹⁶. En sus escritos raramente aparecen nombres de autores y pensadores socialistas y, probablemente, ello se debía a que las ideas del socialismo le interesaban a Meabe en cuanto que ratificaban sus tesis anticlericales y antimilitaristas.

¹⁶ *Política obrera en el País Vasco. 1880-1923*, Ediciones Turner, Madrid, 1975, pp. 221-230.

“Meabe no era un hombre de libros -recordaba Luis Araquistain-; su amor a la naturaleza y a la Humanidad era demasiado grande y su alma demasiado rica en aptitudes emotivas para necesitar de ajenas creaciones que la expresasen” ¹⁷.

Su socialismo era conmiseración por las clases humildes, propio de un espíritu sensible y generoso. Más cristiano que marxista, repitió la tesis de que los socialistas defendían mejor el mensaje original de Cristo de “paz, caridad y amor”.

Unamuno se percató bien del sentido paradójico del socialismo de Meabe: *“El cristianismo de Meabe -él se empeñó en llamarlo socialismo- era de media vuelta, de antípoda, pero cristianismo. Meabe no sintió nunca -y acaso ni comprendió- eso que se llama la concepción materialista de la historia. Y no por falta de sentimiento ni por falta de comprensión. Acaso más bien por sobra de ellos”* ¹⁸.

El socialismo significaba para él, ante todo, una vaga filosofía de rebelión y no las complejas elaboraciones teóricas expuestas por sus más conocidos propagandistas. Si en algún momento sus ideas socialistas parecen originales ello es debido más al lirismo de las palabras que utilizó, a la vehemencia con que las escribió y a la pasión con que las defendió que al fondo de tales ideas. En cuanto a las formas sí fue original y singular, y, desde luego, no necesitó conocer los recursos de la dialéctica para llegar a las mismas conclusiones por la vía del humanismo y la compasión.

Con todo, algunas de sus ideas más reiteradas fueron:

(a) el derecho universal a una vida dignamente humana, garantizando (a.1) la enseñanza general, científica y especial de cada profesión, (a.2) la satisfacción de las necesidades de los impedidos por la edad o el padecimiento, y (a.3) la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, honrados e inteligentes.

(b) el periódico *La Lucha...* le sirvió para explicar su concepto del socialismo y sus ideas sobre la juventud y resultado de ellas fue la fundación de las Juventudes Socialistas, con la cual pretendía resolver más un problema de generaciones que uno ideológico, inspirándose para ello en los reglamentos de los Jóvenes Guardias Belgas. Resultó verdaderamente significativo el hecho de haber sabido expresar los deseos de renovación que alentaban los elementos jóvenes del partido socialista: Meabe quería imprimir a la actividad socialista el dinamismo, la inspiración y el entusiasmo por medio de la movilización de las juventudes, la creación de bibliotecas y centros de estudio y la

¹⁷ Op. cit., pág. 8.

¹⁸ “William Blake y Tomás Meabe”, en *El Liberal*, de Madrid, el 15 de Diciembre de 1920.

fundación de una casa del pueblo. Diversos fueron los frutos de la gran actividad que desplegaron las Juventudes: excursiones eugénicas y de propaganda, ciclos de conferencias; fortalecimiento de la vida cultural del partido: gimnasios, teatro...; preocupación por nuevos temas: problemas agrarios (José Madinabeitia) y propaganda feminista (Virginia González), etc., etc.

(c) sus ideas referidas a los militares y la guerra eran una consecuencia de todo lo anterior; en parte, debido a las masacres que entre los jóvenes causaron las últimas guerras coloniales (las del 98 y la de Marruecos), en parte, a causa del mensaje cristiano de que al prójimo no se debe temer ni odiar, sino amar y conocer (*“cuanto tienda a desunirnos debe ser rechazado por los que sientan algo de ternura hacia el semejante”*), en parte, porque creía que entre dos soldados rasos de ejércitos nacionales enfrentados había más humanidad y causa común que entre cada soldado y sus respectivos superiores jerárquicos a pesar de que tuvieran la misma nacionalidad, y en parte, porque el militarismo era, junto con el catolicismo, el soporte fundamental de un sistema social eminentemente injusto (*“la instrucción militar, lo mismo que la clerical, pervierte la mentalidad del pueblo, infiltra ideas insanas de pasividad y obediencia con el fuerte, de crueldad con el débil”*¹⁹), Meabe dedicó gran parte de sus esfuerzos a criticar la institución militar. Pionero del antimilitarismo, de la insumisión y del pacifismo, varias de las veces que ingresó en la cárcel tenían por motivo sus escritos contra la brutalidad organizada de las guerras.

Sus relaciones con los artistas jóvenes

Tras su paso “rebelde” por el nacionalismo y su, asimismo, “rebelde” vivencia del socialismo, encontró en la libertad de los artistas el tipo de independencia vital que más se acercaba a su carácter. En París, a donde tuvo que marchar exiliado en 1906, entró en contacto con los jóvenes artistas bilbainos que vivían la bohemia de Montparnasse: los pintores Gustavo de Maeztu, los hermanos Arrúe, Angel Larroque, el escultor Nemesio Mogrovejo, y estrechó lazos epistolares con el futuro crítico de arte Ricardo Gutiérrez Abascal (*Juan de la Encina*)... En París vivió malamente de las traducciones que hacía para el editor Garnier y se volcó en la rebeldía individualista y un tanto ácrata de sus nuevos amigos. Sin embargo, no fueron las formas bohemias lo que apreciaba Meabe de ese mundo. De hecho, sus recuerdos de París fueron negativos en lo tocante a la extrema pobreza en que se vio obligado a vivir y la falsedad y lujo del mundo oficial del arte. Lo que Meabe valoraba en los artistas era su autonomía espiritual y laboral, el hecho de que con su sólo esfuerzo, sin obligar a nadie, construyeran sus mundos particulares y que, sin embargo, estos mundos resultaran útiles y enriquecedores para otras personas.

¹⁹ “Antimilitarismo”, en *La Lucha de Clases*, nº 451, 4 de Julio de 1903.

Sus compromisos con la comunidad artística se plasmaron en varios episodios. El primero fue la participación, junto con los antes citados, en la elaboración del semanario *El Coitao*, publicación que en 1908 llegó hasta los ocho números, repleta de ataques furibundos al jesuitismo, a la educación y la moral dominantes en Bilbao, y al bizkaitarrismo. El segundo episodio fue la publicación de un par de artículos en *El Liberal*²⁰, de Bilbao, con motivo del fallecimiento de su amigo Mogrovejo, que se configuraron como impulsores de lo que al cabo de pocos meses sería la Asociación de Artistas Vascos.

Respecto a las relaciones que los artistas y la comunidad social debían mantener, Meabe era partidario del proteccionismo estatal, es decir, que los gobiernos no se limitaran a la difusión del arte por medio de los museos, sino que ampliaran su tarea con el sostenimiento profesional y vital de los artistas, en la consideración de que éstos no eran unos trabajadores cuyos resultados fueran equiparables a los de las otras actividades. En este punto, Meabe suscribía las teorías del belga Jules Destrée sobre la función social del arte y los artistas, y pensaba que las más valiosas plusvalías del arte son, ante todo, de carácter espiritual y su rendimiento se recoge a lo largo de las generaciones.

Su implicación personal con el mundo del arte alcanzó a su propia creatividad. Hasta entonces Meabe había escrito miles de páginas, pero en su gran mayoría eran doctrinales y políticas. Durante sus largas estancias con Gustavo de Maeztu en St. Jean de Pie-de-Port redactó la mayor parte de sus fábulas o parábolas; probablemente, la compañía de Maeztu, quien para entonces ya había escrito varios de sus folletines, le incitó a la ficción. En sus fábulas, en realidad, Meabe volvía sobre los temas que siempre le habían preocupado, usando la literatura como expresión de sus inquietudes sociales: recuerdos de la infancia, su crisis religiosa, el combate contra la opresión católica, su anticlericalismo, la libertad, los bizkaitarras, la muerte... todo en clave alegórica, simbolista o a la manera de las *Metamorfosis* de Ovidio.

*“Meabe quedará como uno de los grandes escritores españoles de principios del siglo XX -escribió Araquistain en relación con su faceta literaria-. De su amor y conocimiento de la naturaleza, de su emoción para el bien y de una extraordinaria aptitud lírica, han quedado, como síntesis de esas cualidades de ética y arte, unos cuantos trabajos personalísimos por el estilo, por la fuerza poética y la intención moral”*²¹.

²⁰ “Artistas, millonarios y silfos”, 24 de octubre de 1910; y “Arte y artistas”, 24 de noviembre de 1910.

²¹ Op. cit., pág. 13.

Su relación con Unamuno

La afinidad ideológica, la admiración intelectual y los comunes amigos artistas acercaron ambas personalidades. Meabe siguió con pasión a Unamuno; lo que éste decía o hacía no le dejaba indiferente, fuera adhesión completa o rechazo frontal. Sin embargo, es posible que Unamuno contemplara a Meabe como uno más de aquellos jóvenes que en Bilbao intentaban hacer algo por sacar a la ciudad de la degradación moral y política (en *La Lucha de Clases*) y del ostracismo cultural (en *El Coitao*). Con el tiempo Unamuno reconoció que en Meabe había existido un personaje singular entre los de la generación siguiente a la suya.

Los testimonios que quedaron de la relación habida entre ambos son, en primer lugar, unas cartas escritas por Meabe a Unamuno y, de otra, un artículo de éste publicado²² cinco años después de la muerte de Meabe y en el que recordaba una larga conversación que tuvo con varios amigos entre los que estaba el joven socialista. Aquel encuentro se produjo hacia 1905-06 en las afueras de Eibar a la puerta de una iglesia: *“Hablabas yo de pie -recordaba Unamuno- y él, sentado en las gradas de la cruz de piedra, con otros, me oía con los ojos. Y soñaba... No hizo otra cosa que soñar toda su vida. Su ateísmo fue un sueño; su socialismo fue otro sueño”. Sabía bien lo que decía Unamuno, pues diez años antes Meabe le había escrito esta frase: “Siento yo, por mi parte, ignorante de mí, una inundación de bondad, esa palabra blanca; me siento bañado por ese malvabisco mucilaginoso de la bondad. ¡Saber, saber! Soñamos, don Miguel; luego creemos que no, tomamos demasiado en serio que estamos despiertos, que somos un yo autónomo, nada más que porque vamos por ahí, por la calle, y porque hemos puesto un poco más de lógica al servicio del absurdo”.*

Los continuos y violentos ataques a la religión y al ejército llevaron a Meabe de proceso en proceso judicial, acumulando condenas y debiendo partir al destierro en el que permaneció hasta poco antes de su muerte. Esta idea de destierro ya había sido sentimentalmente interpretada con anterioridad por el propio Tomás: *“Comprendo que en este país, en mi país, no tengo tierra”*, le dijo en una carta a su amigo Ricardo Gutiérrez Abascal.

También Unamuno reconoció la “des-territorialidad” de Meabe: *“¿Desterrado? -se preguntaba el rector-. Lo estuvo toda su vida. Nació desterrado, vivió desterrado, murió desterrado. ¡Como tantos otros! ¿Hay nada más horrible que vivir desterrado en la propia tierra, en la tierra nativa?”.*

Posiblemente fue Unamuno quien en su tiempo supo comprender mejor a Meabe, quien, sobre todo, supo entender la “utópica” consistencia del Tomás

²² *El Liberal*, Madrid, 15 de Diciembre de 1920.

sentimental y del Meabe político, la completa falta de lugar apropiado para los sueños del hombre privado y para la actuación del personaje público, para los anhelos emocionales e idealistas del joven Tomás y para las acciones regeneradoras y transformadoras del hombre Meabe.

Los destierros físicos de Meabe le hicieron pasar por momentos muy duros de precariedad económica (llegó a pedir dinero a su familia porque le retrasaban el pago de sus trabajos) y de desequilibrio personal. Uno de estos momentos de inestabilidad psíquica quedó plasmado en una larga y descarada carta dirigida a Unamuno, escrita con motivo del fusilamiento de Ferrer Guardia y de la guerra de Marruecos. Con arrogancia, dureza y fogosidad, pero también con afecto, Meabe reprochaba a Unamuno su posicionamiento favorable a la continuación de la guerra colonial en el norte de Africa, le recriminaba sus elogios a la *"finalidad moral"* de la guerra, los cuales Meabe recordaría incluso en su lecho de muerte. Esta carta es un interesantísimo y muy complejo documento en que se autorretrata nítidamente el Meabe más desatado, soñador, altanero, irónico, multifacético, burlón e irreverente -incluso muy irreverente hacia Unamuno al que tacha de fanático, endiosado y filósofo de luz fría-. Una carta-río, redactada de seguido, sin pausas, volcadas sus frases como las aguas contenidas en una presa tras abrir la compuerta, un documento para ser interpretado a medias entre un historiador y un psicólogo.

A pesar de la estupefacción que debió sentir Unamuno al leerla -seguramente nadie se dirigió a él jamás de semejante talante-, el aprecio por aquel joven soñador no sólo no desapareció, sino que se fortaleció.

En una bellísima comparación entre Tomás Meabe y William Blake, Unamuno utilizó una frase del visionario poeta inglés, que yo ahora, para concluir, repito:

“Los hombres son admitidos en el cielo no porque hayan domado y gobernado sus pasiones o no tenido pasiones, sino porque hayan cultivado sus entendimientos. Los tesoros del cielo no son negaciones de pasión, sino realidades de inteligencia, de la que emanan las pasiones, indomadas en su eterna gloria. El tonto no entrará en los cielos por santo que sea. La santidad no es el precio de la entrada en los cielos. Los que son rechazados son aquellos que no teniendo pasiones propias, por no tener inteligencia, han gastado su vida en domar y gobernar las de otras gentes por las varias artes de la pobreza y la crueldad de todas clases”.

¡Pasiones propias! -repitió enfático Unamuno-. *Las tuvo, grandes y trágicas, Tomás Meabe como las había tenido William Blake”.*